

## EL CRIMEN DE BEIZAMA

Durante más de un mes se mantuvo el interés por este crimen por medio de la prensa. El cronista de *La Voz de Guipúzcoa* adoptó a veces aires de melodrama, se insinuó alguna que otra vez por los caminos de Balzac, tampoco dejó de tentar la suerte por el género que tan famosos les hiciera a Sir Arthur Conan Doyle y a Georges Simenon.

Quizás sea que también en esto del crimen se haya adelantado mucho, pero visto desde la distancia, tampoco parece que el crimen de Beizama, el famoso crimen que tanto dio que hablar, fuera para tanto. ¿Acaso es que no había mejor cosa que contar y al sobrevenir este suceso el cronista lo aprovechó hasta las hondarras? ¿O es que la afición de la gente, en aquel entonces, se dirigía más hacia estas truculencias o se tenía menos pudor por mostrar interés hacia el morbo de los crímenes? Lo cierto es que, en la Historia del Crimen en el País Vasco, el de Beizama ocupa el lugar más brillante, el de fulgores más siniestros, por mucho que hace unos pocos años en la calle Carquizano de la capital donostiarra se hubiera querido desposeerle de esa hegemonía, o también algunos años

antes, en Tolosa, otro crimen singular y misterioso (y que todavía permanecen en el misterio ambos) le hubiese disputado el derecho a figurar, en primer lugar, en la literatura basada en la realidad.

Al margen de especulaciones más o menos fútiles, digamos ya de una vez que el domingo día 14 de noviembre de 1926 se descubriría en el caserío Corosagasti de Beizama el crimen realizado en la persona de dos mujeres, madre e hija, Bibiana Ocáriz y María Juana Odriozola, y el descubrimiento lo realizaba la hija y hermana de ellas, Jacinta Odriozola, a la sazón sirvienta en un bar de Tolosa.

De «horrendo y misterioso» califica, el ya antes aludido cronista de *La Voz de Guipúzcoa*, este crimen de Beizama, y estos dos adjetivos campean como titular, mientras que, en la entrada a su reportaje nos comunica que «en este país ocurren, por fortuna, pocos sucesos de esta índole pero en los contados casos en que acaecen están rodeados de macabros detalles de horror y de misterio».

Sobre el descubrimiento del crimen, dicho cronista nos da esta versión:

«Cuando, procedente de Tolosa, se dirigía al caserío, a pasar en él unos días Jacinta Odriozola, que servía en una casa de la antigua capital foral, se extrañó de hallar la puerta entreabierta. Serían aproximadamente las once de la mañana. Al penetrar en el interior quedó horrorizada, al ver desplomada e inanimada, en la escalera, a su hermana María Juana, en medio de un gran charco de sangre.

»Aterrada, comenzó a pedir auxilio, dando gritos, llamando a su madre. Como no tuviese contestación se dispuso a marchar a un caserío distante media hora de Corosagasti, siendo, a pesar de ello, el más cercano de cuantos existen en los contornos.

»Pero poco después quedó sobrecogida al ver el cadáver de su madre, Bibiana Ocáriz, tumbada en un camino. Entonces, marchó a un caserío llamado Chapartegui donde dio cuenta del macabro hallazgo que había tenido.

UN CRIMEN HORRENJO Y MISTERIOSO EN BEIZAMA

Das mujeres, madre e hija, aparecen asesinadas en el caserío "Corosagasti"

Se han practicado cinco detenciones. - Entre ellas, la de la hermana e hija de las asesinadas y la de su novio y la del novio de su hermana muerta

LAS PRIMERAS NOTICIAS

A primera hora de la noche del domingo, cuando se iban retirando tranquilos de haber cenado en el pueblo de Beizama un hombre...

y cinco mujeres que forman el rebollo de "Corosagasti".

Las PRIMERAS BILIGENCIAS Cuando el Juzgado se presentó en el lugar del suceso, seccion las cuatro de la tarde...



Jacinta Oribeola, su prima Concha Mendizábal, la suegrana pariente, y un policia de LA VOZ DE GUIPUZCOA, en la puerta del caserío "Corosagasti".

COMO FUERON DETENIDAS LAS CRIMES Cuando, procediendo de Tolosa, se dirigió al caserío, a pasar a la casa de Jacinta Oribeola, que vivía en una casa de la antigua capital foral...

María Juana comenzó a pedir auxilio, dando gritos, llamando a su madre como no la veían...

Una cabana de agua corrió a dar por a la autoridad presentándose momentos después en el lugar del suceso la pareja del médico inspector...

EL CASERIO Y SU SITUACION Para mejor y más clara comprensión del asunto, explicamos más brevemente la situación del caserío.

Prácticamente a la mitad de la distancia que separa Tolosa de Apatxita, la carretera que por estas dos villas tiene un ramal, que se dirige a Beizama, al que se llama el caserío de las Arceles...

de y había ya en el caserío gran número de curules y habitantes de los condados, noticiosos de la noche, sentada junto a la puerta...

El juez comendador, acto seguido, a practicar las primeras diligencias y la investigación oculta.



Jacinta Oribeola, su prima Concha Mendizábal, la suegrana pariente, y un policia de LA VOZ DE GUIPUZCOA, en la puerta del caserío "Corosagasti".

Junto a la puerta descubierta, había, en el interior, un charquito de sangre, del cual se levantó, como dirigiéndose hacia la escalera, un olor fuerte, como de carne...

Las VICTIMAS Tanto Hilabana como su hija María Juana, al parecer, eran muy queridas por sus convecinos...

Pariente de padre, los hermanos de Hilabana queridos a ser hospedados en el caserío, cuando la noche les impidió volver...

Desde entonces, las dos hermanas, en compañía de su madre, habitaban en el caserío solitario.

Jacinta Oribeola, su prima Concha Mendizábal, la suegrana pariente, y un policia de LA VOZ DE GUIPUZCOA, en la puerta del caserío "Corosagasti".

y a Tolosa y que su madre le pasara la visación correspondiente a su parte en el caserío.

Las víctimas habían vivido retiradas en el monte, desconociendo muy poco a Beizama, y cumplían sus deberes religiosos en la ermita de Santa Marina.

Una vez terminadas las diligencias mandadas, en vista de que la noche estaba ya el día, el juez comendador se retiró...

EL QUE CUENTA JACINTA Jacinta, que acompañó a la triste cortejo durante todo el trayecto, no pudo seguir hasta el pueblo...

Jacinta entró en Tolosa a servir hace cinco meses en el establecimiento conocido por "Cerve-Chia".

Había ya en el caserío, en la forma señalada por el despacho de bebidas, y así se hizo saber a la esposa del propietario...

Como dicho día no había ninguno de las dos víctimas, Jacinta subió a conocerlas al momento, y así le hizo, poco aullando de Tolosa...

La PRIMERA DETENCION El Juzgado, después de esto, suspendió el procedimiento de detención del padre del asesino...

Las BILIGENCIAS JUDICIALES DE LA LEY Notificado el juez sobre su detención, dirigió la mañana a estudiar el asunto...

NUEVAS DETENCIONES A las cinco de la tarde se presentó de nuevo en Beizama, acompañado por el médico forense...

La Voz de Guipúzcoa dio cuenta a toda plana de la comisión del crimen y, en días posteriores, hizo un seguimiento espectacular de las investigaciones.

»Un colono de aquel, corrió a dar parte a la autoridad, presentándose momentos después en el lugar del suceso la pareja del puesto de miqueletes de Vidania, compuesta por el cabo, comandante de la misma, Vicente Arana, y del número Antonio Mendicute, que se dieron rápida cuenta de lo espantoso del crimen cometido y, procedieron a dar el oportuno aviso a sus jefes y demás autoridades, entre ellos el secretario del municipio de Beizama, don José Aguirre.

»Éste, acto seguido, marchó a Azpeitia, a poner el hecho en conocimiento del Juez de Instrucción de aquel partido, don Pedro Marroquín, quien acompañado por Julián Echániz, ayudante del secretario actuario que se halla enfermo, y del médico titular de aquella villa, don Tadeo Aztiria, salió inmediatamente para los altos de Beizama, con fuerzas de la Guardia Civil, mandadas por el alférez don Valeriano Herráiz, y algunas parejas de miqueletes, con el sargento don Donato Oyarzun».

En cualquier relación de un suceso resulta interesante la descripción del escenario. Y, por lo tanto, una de las primeras cosas que acomete el cronista de *La Voz de Guipúzcoa* es el de situarnos en el lugar del drama. Del caserío Corosagasti y su contorno, dice:

«Próximamente a la mitad de distancia que separa Tolosa de Azpeitia, la carretera que une estas dos villas tiene un ramal que se dirige a Beizama, al que se llega al cabo de seis kilómetros. En la bifurcación de la carretera hay una taberna llamada Santucho, y, en el punto culminante del ramal, otra, denominada Santa Águeda. Frente a esta parte, hacia el sur, una vereda, que, después de ondear por los profundos barrancos, cubiertos de helechos y robles, conduce al caserío teatro del crimen y al que se llega después de una hora larga.

»El terreno es abrupto y selvático. Por eso, más que el cultivo del campo, sus habitantes se dedicaban al pastoreo.

»El caserío Corosategui, situado entre pinares y jaras, que le rodean totalmente, es modesto. En la planta baja dedicada a establo, hay tres vacas y una cerda con dos crías. El recinto es lóbrego y tristón. En un ángulo, siguiendo el quebrado de las paredes, se alza una escalera, que conduce al piso superior, donde existe la cocina y las habitaciones. Más arriba, el granero.

»Delante del edificio hay una vereda que se pierde entre unos hayedos. En una borda próxima, perteneciente al caserío, se encierran algunas noches las 80 u 85 ovejas que forman el rebaño de Corosagasti.

»Monte arriba se extienden los famosos jaros municipales de Beizama y, tras el pico, asoma su cima el legendario y poético Murumendi».

Relata el cronista la visión que el personal del Juzgado tuvo, a su llegada a Corosagasti, hacia las cuatro de la tarde: gran número de curiosos y habitantes de los contornos, y sentada junto a la puerta, Jacinta Odriozola, anegada en lágrimas. Luego, prosigue:

«Junto a la puerta entreabierta, había, en el interior, un charquito de sangre, del cual partía otro que, dirigiéndose hacia la escalera, subía por ésta hasta el primer descansillo, en el que, boca arriba y con las piernas descalzas, colocadas hacia arriba, en el segundo tramo, estaba el cuerpo de Mari-Juana Odriozola, que presentaba una herida en el pecho. La pista sangrienta se remontaba hasta el piso superior, en el que, junto a la escalera, había un charco más extenso. Junto al cadáver, estaba tendido, lloriqueando, un hermoso perro de lanas.

»Fuera del edificio, en la vereda de los hayedos, y como a unos 250 metros de aquél, estaba tendida, inanimada, Bibiana Ocáriz, que tenía dos heridas en la espalda. A su lado, en el suelo, había un farol caído».

La descripción que nos regala el reportero de *La Voz de Guipúzcoa* es amplia, sugestiva y pormenorizada. A través de ella, el lector

cree, en algunos momentos, hallarse ante una novela de crimen y misterio, aun a riesgo de algunas ingenuidades que, al parecer, no puede eludir. Al hacer la biografía de las víctimas, dice:

«Tanto Bibiana Ocáriz como su hija Mari-Juana Odriozola, eran muy queridas por sus convecinos. Sumamente hospitalarias, no había persona que pasase por Corosagasti que no fuese agasajada con pan, queso y vino, llegando algunos campesinos y guardas forestales a ser huéspedes en el caserío, cuando la noche les impedía a veces retornar a sus domicilios, perdidos en la abrupta e inextricable montaña deshabitada.

»Huérfanas de padre, los hermanos de Mari-Juana marcharon a la Argentina en parte subyugados por la tradición de fácil conquista de dinero en aquellas tierras, y en parte, también por escapar al servicio militar. El mayor, que tendría unos 34 años, partió hace catorce de Beizama, imitándole hace nueve su hermano, que tendrá ahora unos 27 años. Se desconoce su actual situación o paradero.

»Desde entonces, las dos hermanas, en compañía de su madre, habitaron sin temor el caserío solitario. Un perro grandote y las energías que poseían les servían de defensa.

»Se comentaba esto ayer, en Beizama, recordando que hará unos dos años, un individuo de Azpeitia pretendió atropellar a una de las hermanas, pero, entre ambas, propinaron al desvergonzado intruso una descomunal paliza, despojándole de los pantalones, en señal de triunfo, y haciéndole huir de tal guisa monte abajo.

»Pero surgió un tercero en discordia y la buena armonía reinante pareció romperse. Es la cuestión que Mari-Juana se puso en relaciones con un pastor de las cercanías, llamado Francisco Aramburu, y habitante en la borda llamada Pagorriaga. La madre decidió que el nuevo matrimonio conviviese con ella en el caserío, a lo que parece se oponía Jacinta. En vista de ello, se acordó que ésta

marchara a servir a Tolosa y que su madre le pasaría la pensión correspondiente a su parte en el caserío. Con esto se reanudaron las buenas relaciones, marchando Jacinta a Tolosa hará año y medio.

»Las víctimas hacían vida retirada en el monte, descendiendo muy poco a Beizama y cumplían sus deberes religiosos en la ermita de Santa Marina. La última vez que Bibiana bajó a Azpeitia fue hace unos dos meses para hacer entrega al administrador de la dueña del caserío, que es una señora que habita en San Sebastián, de 80 duros que adeudaba».

También nos aporta apuntes biográficos de Jacinta, la descubridora del crimen:

«Jacinta entró en Tolosa a servir hace cuatro meses en el establecimiento de bebidas conocido por Ceru-Chiki, antiguo Cielo Grande, propiedad de don Baldomero Artola. En este lugar, dentro de la conveniente honestidad, departía amablemente con los parroquianos, los cuales, por el poco pulimento que caracterizaba a la joven, la dieron el sobrenombre de *Maska*.

»Habla aquí en castellano, aunque no muy correctamente.

»Parece que a Jacinta le agradaba más la tranquilidad de una casa particular, que el ajetreo del despacho de bebidas, y así se hizo saber a la esposa del propietario, para que buscara una nueva sirvienta.

»Una joven, cuñada de ésta, manifestó que Jacinta tenía la idea de marchar el viernes a su caserío, lo que no hizo pensando que el siguiente día, sábado, bien su madre o su hermana, bajarían a la feria semanal de Tolosa, como tenían por costumbre.

»Como dicho día no bajó ninguna de las dos decidió Jacinta subir a Corosagasti el domingo, y así lo hizo, pero saliendo de Tolosa a las cinco de la mañana».

Fueron los doctores Eguiguren y Aztiria quienes se encargaron de hacer la autopsia de las víctimas. La joven, María Juana Odrio-

zola presentaba una profunda herida en el pecho, producida por un arma inciso-punzante. Por la disposición de esta herida, el golpe le fue dado de izquierda a derecha, mientras estaba de cara al agresor, quien debió manejar el arma con la mano derecha. La herida era mortal de necesidad.

La madre, Bibiana Ocáriz, presentaba una herida contusa en la cabeza, que seguramente debió ocasionarse al caer, y dos heridas penetrantes en el costado derecho, de lo que se deduce que el agresor debió de atacarla por la espalda.

La reconstitución del crimen está hecha por partida doble por el cronista de *La Voz de Guipúzcoa*, una en hipótesis propia y otra según las declaraciones del juez, y ambas coinciden casi exactamente. He aquí la narración del juez, recogida por el reportero:

«Con el propósito de matar únicamente a Mari-Juana se presentó en el caserío el autor del crimen y llamó a la puerta. Al abrir la joven Mari-Juana la hoja de la derecha del que llamaba, el criminal le asestó una puñalada y se retiró un poco hacia afuera, con el fin de poder espiar.

»Al sentirse Mari-Juana herida, subió por las escaleras llamando a la madre, y al llegar al segundo descansillo cayó rodando hasta el primero, donde quedó con las piernas hacia arriba, en el segundo tramo.

»La madre salió con el perro y al encontrarse con el cadáver de su hija se abrazó a él llorando. Luego se vistió y se calzó.

»Esto explica el que tuviera manchado de sangre el talón, sin que apareciera manchada la alpargata.

»Bibiana salió del caserío de Corosagasti con dirección al de Garagarza. El autor o los autores del crimen, que estaban desde fuera espiando el resultado de su hazaña, al ver que la madre salía pidiendo auxilio, la siguieron, y a unos trescientos metros del caserío, al final de la cuesta de la vereda de los hayedos, la alcanzaron y

la mataron de dos heridas, causadas por la misma arma que mató a Mari-Juana.

»El señor Marroquín cree que, además de haber sido causadas las tres heridas con la misma arma, una sola mano manejó el arma y, por lo tanto, uno sólo fue el matador de las dos mujeres, aunque fuera acompañado por el otro».

Y, ahora, una pregunta que se hacía la gente durante todo este asunto y que, de verdad, no se aclaraba nunca. Aun hoy hay quien sostiene la idea de que la muerte de las dos infortunadas se produjo a consecuencia de hachazos. Las pesquisas realizadas en busca del arma homicida no dieron ningún resultado positivo, pero aunque las técnicas criminológicas empleadas en Beizama no fueran como para darle envidia a Bertillon, no obstante casi se vino a asegurar que la herramienta homicida se trataba de una tijera de esquilar ovejas «no de las de muelle sino de las de eje atornillado. La forma de la herida profunda y ancha que seccionaba la aorta hacía pensar que el arma empleada por el homicida fue la hoja suelta de una de estas tijeras».

Que se sepa, el autor o autores de este crimen de Beizama, de amplia resonancia en toda la provincia, permanece en el anonimato. Las conjeturas fueron muchas, las detenciones también, de igual manera las sospechas. Hasta hay en torno a esta historia una anécdota de leyenda que la sitúa en el nivel de *Yo confieso* de Alfred Hitchcock, o en el de *Una víctima del secreto de confesión* del padre Spillman. Esta leyenda cuenta sobre la confesión del asesino *in articulo mortis*, y aunque seguramente el padre confesor de esta historia apócrifa no tuvo que pechar con tantas dificultades como el famoso párroco de Montmoulin, o el coadjutor de la ciudad canadiense de Hitchcock, lo que sí es evidente es que fueron muchas las personas que tuvieron que sufrir de sospechas y de maledicciones, muchos los que fueron detenidos (algunos puestos en libertad

pronto y otros no tan pronto) y esas mismas conjeturas pudieron ofrecer páginas y más páginas de broza especulativa a los curiosos que revolotearon sobre este crimen.

Una de las primeras detenidas fue la hermana e hija de las víctimas, Jacinta Odriozola. Fue detenido también el pastor José Ignacio Aramburu, al parecer, novio de Jacinta; también el novio de una de las víctimas, Mari-Juana, Francisco Aramburu, habitante de la borda Pagorriaga fue detenido, y un largo etc. de sospechosos o de personas que podían aportar alguna luz a lo sucedido.

Se habló de un joven de Goizueta que trabajaba carboneando en un monte cercano y que, durante seis días, no había bajado de los montes, durmiendo en cualquier lugar. Este joven, Nicolás Albistur, más conocido por *Goizueta*, y que trabajaba en los breñales de Izaspi a cuenta del contratista José Antonio Urbiztondo, fue sometido a interrogatorio, pero le dejaron libre cuando atestiguaron la veracidad de lo confesado por él.

Entraron también en liza un grupo de gitanos que, al parecer, había transitado por el camino que va de Beasain a Villafranca pasando por el macizo de Murumendi, pero confirmada también la veracidad de la coartada que presentaron fueron puestos en libertad. Se trataba de Pedro Aramburu Legorreta, de 35 años; Miguel Echevarría Altimalona, de 19; Dorotea Barrio Giménez, de 22, y María Barrio Jiménez.

Detenidos en Tolosa y sometidos a un estrecho interrogatorio, manifestaron haber estado ese sábado en Zumárraga comprando un mantón por el que pagaron 33 pesetas, extremo que fue confirmado en el establecimiento que regentaba Diego Urdangarín, aunque esta compra no fue efectuada el sábado, como decían los gitanos, sino el viernes. Pero sus pasos posteriores fueron medidos con escrupulosidad, y se supo que pasaron por Beasain con dirección a Andoain, a las tres de la madrugada del sábado al domingo.

Luego, las gitanas fueron detenidas en Andoain, a donde habían ido a visitar a una hermana enferma, y los gitanos varones en Aduña, donde estaban en tratos de comprar un burro. Fueron dejados en libertad, fuera de la provincia.

Se habló mucho, también, del «hombre de la blusa», un individuo que, al parecer, había estado hablando el sábado, 13, con Jacinta, en la calle Felipe Dugiols, de Tolosa. Las complicaciones posteriores le supusieron, a él y a su familia, una serie de molestias tremendas, y mucho más, cuando en su caserío fueron halladas unas ropas ensangrentadas que después se vio que su causa era el de haber parido una vaca y haber sido asistida con aquellas ropas.

Hubo muchas más detenciones. También Fermina Osinalde, viuda de Zubiaurre, y su hijo tuvieron que soportar la molestia de la detención a causa de un baúl perteneciente a Jacinta de cuya guarda se habían responsabilizado. También otras muchas personas (Vicente Múgica, Martín Artola, etc.) fueron detenidas y encarceladas.

Aquel «hermoso perro de lanas» al que le encontramos «lloriqueando» junto al cadáver de su ama, resultó ser, también, un perro de pacotilla. *Canel*, que así se llamaba, parece que fuera el cancerbero menos idóneo para guardar una casa solitaria como Corosagasti, y en cuanto a lo de que el asesino tenía que ser una persona conocida del perro, lo cierto es que, según se fue sabiendo más tarde, podían ser muchísimas las personas conocidas del perro dada la forma de trato que se acostumbraba a deparar a todas las gentes de paso en el caserío Corosagasti.

Pero, volviendo a la historia de *Canel*, se ha de decir que era un cobardón, y que en él no parece que pudo hallar mucha resistencia el asesino. *Canel* es un perro híbrido de policía pastor —dice el ya antes aludido reportero—. Su tamaño no es tan grande como se ha dicho hasta ahora. Tendrá de alzada unos 45 centímetros. Refe-

rente a su ferocidad, de la que tanto se ha hablado, es muy relativa. Éste es el juicio de los cazadores que en sus excursiones cinegéticas por esos montes han tenido la ocasión de encontrarle. Su apariencia es, en efecto, amenazadora, pero se acobarda muy frecuentemente. Le hacían huir los setters de caza y pachones de los discípulos de Nemrod que cazaban por aquellos andurriales».

El crimen de Beizama no es nada raro que adquiriera el renombre y la proyección que tuvo. Hay que observar, en primer lugar, que se trata de un doble crimen cometido con todas las agravantes de nocturnidad, alevosía, desprecio de sexo, etc. (aunque atendiendo al vigor en la defensa de su persona que María Juana sabía hacer, como ya hemos dejado expuesto, no es fácil sostener la tesis del «sexo débil»). A su alrededor crecieron también, con profusión notable, una serie de curiosas circunstancias que sirven para darle un singular aire novelesco. Y una de éstas fueron los anónimos, con los que no se sabe qué se quiso hacer, si desorientar el curso de las investigaciones que llevaba a cabo el señor Marroquín, o se trató más bien de una especie de gamberrada, o intervinieron en su comisión ese tipo de extraña ralea de seres que siempre surgen en torno a fenómenos parecidos, y que parece que su destino más cabal tendría que ser el de algún sanatorio psiquiátrico.

Respecto a los anónimos que surgieron en este caso del crimen de Beizama, el reportero de *La Voz de Guipúzcoa*, a quien le vamos siguiendo minuciosamente en su exposición, decía:

«Desde el día siguiente al del crimen, o sea, desde el domingo 14, el señor Marroquín no ha cesado un sólo día de someter a Jacinta a interrogatorio (esto se publicaba el día 30 de noviembre, 14 días después del asesinato).

»Como ya dijimos, el día 23 dictó acta de procesamiento contra Jacinta Odriozola. Dos días después, recibió un anónimo, escrito con lápiz tinta y procedente de Beasain, en el que se incluía

un recorte de *La Voz de Guipúzcoa*. Poco después recibió una segunda misiva, también sin nombre, pero de la misma letra que la anterior y de igual procedencia o de Villafranca. En esta carta anónima se incluía también otro recorte de la información publicada por *La Voz de Guipúzcoa* acerca del misterioso crimen.

»Según decía ayer el señor Marroquín, prestó atención a estos anónimos, porque lo mismo podían provenir de una persona que quisiera ayudar a la justicia sin atreverse a dar su nombre, que de alguien que pretendiera entorpecerla.

»En uno de estos anónimos se pedía que se practicara determinado registro en un caserío que citaba. Realizado el registro, dio resultado negativo, como el mismo señor Marroquín esperaba, y quedó, por consiguiente, evidenciado que procedían los anónimos de una persona que pretendía distraer la acción de la justicia.

»Posteriormente, el señor Marroquín ha recibido otros dos anónimos, procedentes ambos de Madrid y escritos con tinta y por una mano más experta que la del autor de los dos primeros anónimos.

»También en la redacción de *La Voz* recibimos un anónimo de Madrid, seguramente obra de la misma mano que el dirigido al juez, pero por ser anónimo y por su torpeza, lo arrojamos al cesto.

»Por último, el señor Marroquín recibió un quinto anónimo, en sobre abierto, franqueado con un sello de cinco céntimos y sin estafeta. Estaba escrito a mano y firmado por *Diógenes*, pseudónimo que hace pensar en una persona más culta que un simple *cashero*. Esta última carta iba dirigida directamente a la persona del juez, señor Marroquín, el cual, después de leerla, la rompió.

»No hizo lo mismo con los otros cuatro anónimos que son, por su índole, documentos del sumario».

Como remate a este reportaje sobre el asesinato, posiblemente el más célebre, ocurrido en el País Vasco (dentro del ámbito de eso

que se ha dado en llamar «delitos comunes» y eludiendo por obvias razones otros ámbitos y terrenos), añadiremos una pincelada más, esa que también aporta el cronista tantas veces aludido, y que quiere como subrayar un cierto clima de ligereza o perversión de costumbres que pudiera ser el origen del criminoso acto cometido dentro de las paredes del caserío Corosagasti y en sus terrenos. Dice así dicho cronista:

«El caserío de Corosagasti difería bastante de la generalidad de los caseríos guipuzcoanos.

»Su caserío era, en cierto modo, un a modo de ventorrillo. La puerta de Corosagasti estaba abierta a quienquiera —*cashero*, forastero, cazador o pastor— que pasara por allí y quisiera entrar un rato a entablar una conversación, muchas veces desenfadada y alegre.

»Este modo de ser de las gentes de Corosagasti influyó mucho para que los hijos varones abandonaran el hogar y marchasen a América, disgustados por el exceso de hospitalidad y por la acogida demasiado efusiva que allí se prestaba a los huéspedes escogidos o de paso».

Es decir, un crimen que ofrece todo tipo de variantes posibles, desde la sórdida venganza de la hermana preterida, al crimen pasional, a un cálculo de intereses, o a un burdo episodio subsiguiente a francachelas.